

## EL RETORNO DE LAS INSTITUCIONES FINANCIERAS INTERNACIONALES

«Que las crisis financieras se han multiplicado desde los años setenta del siglo pasado y que las recesiones no han sido eliminadas es algo que ya ha quedado claro»



Tribuna

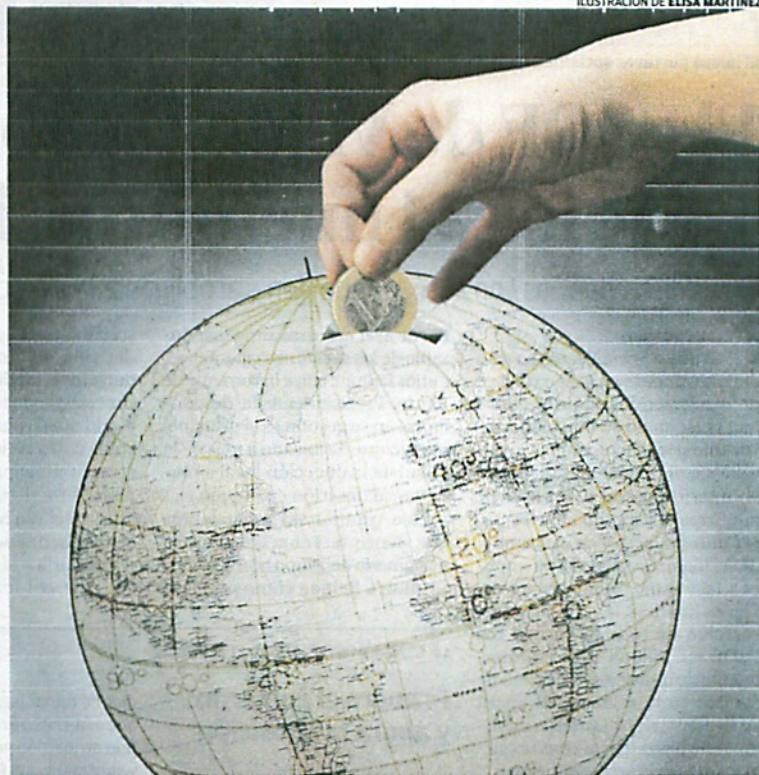
**Domènec Ruiz Devesa**

► Experto en relaciones internacionales

Cuando el 23 de abril de 2010 el primer ministro griego Yorgos Papandreu solicitó formalmente un programa de préstamo de 60.000 millones de dólares al Fondo Monetario Internacional y a un grupo de países de la Unión Europea para hacer frente al inminente vencimiento de sus obligaciones de deuda pública, se certificaba además la defunción de uno de los pilares centrales de la sabiduría convencional que había venido imperando en ciudades como Washington DC, Nueva York o Bruselas allá por la no tan lejana, pero todavía apacible, primavera de 2007. En aquella época, pocos meses antes del inicio en el verano de ese mismo año 2007 de la mayor crisis financiera internacional desde el final de la Segunda Guerra Mundial, se decía por muchos expertos y analistas, con gran vehemencia, que las instituciones financieras internacionales, concretamente el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial estaban condenadas a la irrelevancia, pues las crisis financieras eran una cosa del pasado (y eso a pesar de que tan sólo diez años antes una grave crisis había azotado el sudeste asiático), y que muchos países en vías de desarrollo, tales como México,

Brasil o India no necesitaban para nada a la banca multilateral de desarrollo, encargada de otorgar préstamos para la financiación de proyectos de reducción de la pobreza y de facilitar asistencia técnica. En este sentido, se insistía en el hecho de que las denominadas economías emergentes estaban colocando deuda pública y captando financiación en los mercados financieros internacionales. Por tanto, ya no les hacía falta ir a Washington, bajar la cabeza y aceptar las condiciones, a veces duras, de los préstamos del Banco Mundial.

Con relación al alumbramiento de un mundo sin crisis económicas, el especialista británico **Charles Grant** llegó a decir en 2006 que **Gordon Brown**, primer ministro del Reino Unido, había «abolido las recesiones». Que las crisis financieras se han multiplicado desde los años setenta del siglo pasado y que las recesiones no han sido eliminadas es algo que ya ha quedado claro, al menos desde el colapso del banco de inversión estadounidense Lehman Brothers en septiembre de 2008 y la grave crisis de la economía real en 2009. La promesa de una arcadia neoliberal caracterizada por un crecimiento económico constante y sin oscilaciones, animada por procesos de privatización, desregulación y liberalización comercial se ha revelado palmariamente falaz. Como segunda derivada, la crisis financiera internacional iniciada en el verano de 2007 ha puesto de relieve que las instituciones financieras internacionales no sólo son necesarias, sino que son imprescindibles. El FMI tuvo que acudir al rescate de países con graves problemas en su balanza de pagos, como fue el caso de Islandia en 2009. Al mismo tiempo, el Banco Mundial se vio obligado a preparar a toda prisa pa-



quetes de préstamo para países en América Latina y África, que nada habían tenido que ver con el origen de la crisis, pero que veían cómo los flujos de capital privado se evaporaban de la noche a la mañana. Por si quedaba alguna duda de la nueva política, los países del G 20 acordaron ampliar el capital tanto del FMI como del Banco Mundial, de modo que puedan disponer de recursos financieros adicionales para atender peticiones de préstamo de los estados, en la eventualidad del colapso del crédito privado.

Pero la puntilla la ha dado Grecia, un país desarrollado, miembro de la UE y de la zona euro, al tener que recurrir a la ayuda del Fondo Monetario Internacional ante la ausencia de una respuesta exclusivamente europea, ya sea por la falta de mecanismos adecuados en el Tratado de Lisboa, ya sea por la resistencia alemana a hacer pleno uso y en condiciones favorables de las opciones posibles. Que la Unión Europea disponga de una moneda común pero no de una correspondiente política financiera, fiscal y presupuestaria, supone una deficiencia estructural que ya era bien aparente con anterioridad a la crisis de la deuda pública griega. Pero con independencia del futuro, que

no inminente ni seguro, establecimiento de un Fondo Monetario Europeo, ya sea como nueva institución de la UE o mediante la reforma del mandato del Banco Europeo de Inversiones, lo que es evidente es que las instituciones financieras internacionales están para quedarse; y todo indica que seguirán ampliando sus recursos y sus funciones.

Los estados y las organizaciones supranacionales como la UE quizás logren desarrollar en los años venideros las capacidades necesarias para prevenir y gestionar mejor las crisis financieras y económicas, lo que desde luego requiere un giro copernicano en el análisis económico que ni siquiera la debacle intelectual del neoliberalismo ha logrado completar. Pero las crisis económicas, ya sean recesiones o depresiones no desaparecerán, y por tanto siempre hará falta un prestamista de última instancia de la economía mundial, que es precisamente la función que cumple tanto el FMI como el Banco Mundial, para garantizar la estabilidad financiera internacional (la cual es un bien público global). Cabe esperar que la próxima fase expansiva, por lejana que parezca, no ciegue la memoria y nos devuelva, como la marea, las falacias de antaño.